**DOMINGO XIV DURANTE EL AÑO –B**

El evangelio de hoy se sitúa en la patria de Jesús, es decir, en Galilea. Era un día sábado y Jesús se encontraba enseñando en la Sinagoga. Sábado: día de oración. Sinagoga: lugar de la Palabra. Dos elementos que nos dirían que la gente que en día sábado va a la sinagoga, es gente de oración; gente que va abierta a escuchar lo que Dios dice en la Palabra. Pero, el texto dice otra cosa. Mientras Jesús enseñaba, los que estaban ahí, no lo escuchaban, sino que desconfiaban de sus palabras de tanta sabiduría, y de sus prodigios realizados con sus propias manos. La sabiduría de Jesús está enlazada con la simplicidad, la sencillez y la humildad. Justamente es el estilo nuevo que propone Jesús en contraposición con el estilo de los maestros de la ley judía, para quienes los honores, el poder y las grandes riquezas, son elementos del sabio del mundo.

Jesús dice: “Un profeta sólo es despreciado en su patria, entre sus parientes y en su casa”. Tres palabras que hablan de cercanía, de familiaridad: patria, parientes, casa. Pero, en esta cercanía y familiaridad, donde se supone que se es más conocido, es ahí donde el rechazo es superior. Un clima de incredulidad, desconfianza y desprecio, que habita en el corazón de los oyentes, es un impedimento para escuchar y ver a Dios; para reconocer que quien me está enseñando es verdaderamente Dios. Pero los pensamientos envidiosos provocan prejuicios que dividen al hombre y lo alejan de la verdadera sabiduría. ¿Cuántas veces nosotros mismos estamos así en la misa, sin escuchar la Palabra? Decir profeta es lo mismo que decir anuncio de la Palabra. Por lo tanto, el desprecio es a la Palabra que es anunciada en la propia patria, entre los más cercanos y en la misma casa.

A veces nosotros también actuamos de la misma manera. Por ejemplo, cuando vemos que una persona de nuestra familia está tratando de cambiar de vida, rápidamente le echamos en cara que no es verdadera su intención de ser mejor. Estamos llamados a ser profetas, es decir a anunciar con nuestros actos y palabras la buena noticia, la Palabra de Dios. A veces no es cuestión de estar con la biblia en la mano, aunque no estaría mal. Sino de hacer vida esa Palabra por medio de nuestras actitudes. ¿Cuántas veces hemos desconfiado de una buena actitud de una persona muy cercana y rápidamente pensamos que está actuando? O pensamos lo siguiente: “después de todo lo que me hizo ahora se hace el santo”; “y este quién se cree para hablar de Dios?”…

A veces da la impresión de que somos más buenos con los de afuera que con los de adentro; o parece que la gente de afuera nos conoce más que los de adentro. Por ejemplo, dentro de nuestra familia actuamos como queremos, no cuidamos nuestras palabras y no pensamos que alguna actitud nuestra puede ocasionar un daño a alguno que vive con nosotros. Pero afuera, nos cuidamos más; pensamos más lo que decimos y hacemos. Parece que somos profetas con los de afuera pero con los de adentro no. El profeta es profeta dentro y fuera; para los cercanos y los lejanos; para los conocidos y desconocidos. Por eso Jesús es profeta todo el tiempo, sabiendo aún que podría ser rechazado. Nos gusta ser profetas en ambientes donde todos compartimos los mismos ideales. Pero con aquellos a quienes les cuesta las cosas relacionadas con Dios, nos presentamos como indiferentes o directamente no hacemos nada para promover al menos un mejor ambiente humano-cristiano.

Dios habla a través de los sencillos a quienes el mundo les dice: “Y a estos, ¿quién los auspicia?”. A veces una persona muy simple y sencilla puede hablarnos más y mejor de Dios que una que ha realizado cursos o que ha tenido una gran trayectoria de espiritualidad. Hoy Jesús está enseñando y sigue imponiendo sus manos para sanar a aquellos que se lo pidan y lo reconocen. Su sabiduría y sus milagros a veces no son llamativos, no hacen propaganda, y se manifiestan en las cosas sencillas de la vida.